

LINCOLN BARNETT

NUESTRA ATMOSFERA

(FRAGMENTOS)

El Hombre se considera un ser que para todo se basta a sí mismo y que domina la superficie de la Tierra. En realidad vive en el fondo de un océano de varios kilómetros de profundidad: en el lecho del inmenso mar de aire que circunda el planeta y del cual depende, ya directa, ya indirectamente, la vida terrestre en todas sus formas y aspectos.

Sin la atmósfera no habría plantas ni animales, ave o pez, árbol o brizna de hierba; ni tiempo bueno o malo, vientos, nubes o lluvia; ni cielo azul esplendoroso, ni llameantes puestas del sol, ni aurora de «rosados dedos». No habría fuego, porque el fuego es la combinación de aquello que arde con el oxígeno del aire; ni sonido, porque para transmitirse se apoya en las vibraciones del aire, que mueven el tímpano de nuestro oído y son transmitidos al cerebro por el nervio acústico.

La atmósfera es un enorme pabellón que protege la tierra contra la acción destructora del sol, absorbiendo la mayor parte de los peligrosos rayos de onda corta. Por la noche retiene, como el techo de vidrio de un invernadero gigantesco, el calor del día, impidiendo que vuelva al espacio.

Casi todas las bellezas de la naturaleza que más deleitan e impresionan al hombre, se relacionan directa o indirectamente con la atmósfera. El azul profundo del mar y el celeste del firmamento, las blancas nubes errantes, el suave matiz del crepúsculo, la niebla que envuelve las montañas y se disipa y huye con los rayos del sol, el arco iris, el fulgor del relámpago... todos son toques de la paleta mágica del aire que envuelve la Tierra.

Tanto por las bellezas que produce como por sus propiedades maravillosas, la atmósfera, ese manto maravilloso, variable en su aspecto pero invariable en su acción perpetua de conservación, circunda y abriga el planeta, le da luz y colorido y suministra el elemento primordial de la vida.

Bien sea apacible, caprichoso o terrible, el cielo nunca es uno mismo en dos momentos consecutivos; casi humano en sus pasiones, casi espiritual en su ternura, casi divino en su infinitud.